

Metodología de la enseñanza de la filosofía desde el punto de vista antropológico

ALBERTO D. CIRELLI
Universidad Nacional de Córdoba

Para responder eficientemente a las exigencias de una adecuada metodología o propedéutica de la enseñanza de la filosofía, el hombre, que es el punto de partida central de toda especulación intelectual, ha de ser considerado a través de dos sucesivas objetivaciones:

- a) como *ente viviente*: es un ser de interpretación empirio-ontológica.
- b) como *persona humana*: es un ser de valoración metafísica.

El punto de vista empirio-ontológico, que contempla con sentido primario al hombre como *cosa viviente*, ha de ser pues la objetivación más elemental de toda metodología de la enseñanza filosófica en su relación antropológica. El segundo punto de vista, esencialmente metafísico, que interpreta y valora al hombre como *persona humana*, debe estar concatenado propedéuticamente, como continuidad logrativa de mayores alcances, a la primera objetivación, siendo así un hacer en segundo plano de realizaciones.

En consecuencia:

1. En la práctica de la enseñanza de una filosofía integral, el punto de vista de una valoración antropológica debe insinuarse en base a la metodización didáctica de un estudio enraizado primariamente en los dominios de los problemas empirio-ontológicos, que son los que condicionan nuestro universo de lo real sensible —*ens movil*— en un primer grado de abstracciones.

2. Los problemas que en el mismo orden de consideraciones conciernen a los dominios de una pura abstracción —*el ser en cuanto ser*— han de insinuarse *a posteriori* de los conocimientos empirio-ontológicos.

3. Con el propósito expuesto, en los planes de estudio de las facultades de filosofía es necesaria la implantación de la enseñanza de la filosofía de la naturaleza como asignatura pedagógicamente previa a las de consistencia metafísica.

4. Se entiende por filosofía de la naturaleza a la disciplina que contempla a la realidad de los fenómenos naturales desde el punto de vista del análisis empirio-ontológico en un primer grado u orden de visualización abstractiva —*Philosophie naturalis*; Aristóteles-Santo Tomás—, aunque sí también en sus relaciones y concomitancias con el universo del *ens quantum* como posibilidad de derivación especulativa y en dirección a un temario esencialmente epistemológico.

5. La didáctica a emplearse en la enseñanza de la filosofía de la naturaleza deberá estar condicionada a las especulaciones específicas de la asignatura, sin desvincularse por ello y por lo imposible que es, del tronco común de la filosofía. Su programación se concretará a contemplar el aspecto filosófico de lo inorgánico en los hechos físicos —concepción del Universo físico—, y el aspecto filosófico de lo orgánico y organizado en los fenómenos vitales, dentro de lo cual cabe toda postulación o derivación de índole antropológica.

Consideraciones generales

Este planteamiento, de fines nada más que didácticos, implica evidentemente en la consecución de sus realizaciones prácticas una valoración aunitiva de las posibilidades interpretativas del hombre para juzgarse a sí mismo en programación ascendente, es decir, como ente vivo que es, primero, y como persona humana que es, después. De hecho, la proposición está sujeta al método de una apreciación inductivo-analógica que, partiendo desde el punto de vista de la esfera que concierne a los objetos o cosas reales —*lo real sensible*— y después de contemplar el segundo aspecto de la visualización tipológica —*lo preterreal matemático*—, se abre camino hacia una coronación de conjugación superlativa de estructura metafísica —el dominio de *lo real trans-sensible*—, que concierne a la esfera de los objetos ideales y de sus valores. Se trata por otra parte de un recorrido de realizaciones indagativas que responden a una orientación de contextura causalístico-determinista —desde que es un hacer en la escala de apreciación de nuestras vivencias sensoriales—, ligada en consecuencia,

íntimamente, al planteamiento de una filosofía con determinaciones teleológicas. Es una propedéutica que se aviene al planteamiento de la enseñanza de lo elemental y objetivo como cosa real, como materia sensible, primero, y que considera en tercer plano de realizaciones lo abstractivo-especulativo como *objeto de valor*.

El proceder de inversa manera al método expuesto implica, pedagógica y metodológicamente, una realización contraproducente, negativa y motivadamente inconveniente. El enraizamiento de los problemas metafísicos formales con lo empírico desde el punto de vista de una moderna y conceptual filosofía de la existencia o de la vida resultaría así absurdo e imposible, ya que en método deductivo pretenderíase valorar primeramente al hombre con criterio superlativo de consistencia axiológica y se relegaría a valoración desenraizada la interpretación propedéuticamente básica o elemental del hombre como ente viviente que se objetiva con el enfoque del análisis empirio-ontológico. Por este camino arribaríamos además a una postulación casi arbitraria en lo concerniente a la fundamental e ineludible consistencia teleológica del problema antropológico, que no puede tener más que una sola y única dirección, una sola orientación: la que está indisolublemente adosada a la noción de tiempo en la escala de nuestras vivencias. El hombre no puede *vivir* su vida en un universo ajeno al de sus vivencias sensoriales, aunque intelectivamente pueda forjarse una realidad de macro y de microcosmos inteligiblemente relativizada.

Los primeros pasos, pues, de quienes se inician en la cultura filosófica y humanista deben ser realizados en el estadio de las vivencias e intuiciones que conciernen a la esfera del universo de lo real sensible. En esos dominios es donde ha de recoger y ha de impregnarse de las esencias filosóficas íntimamente ligadas al raciocinio derivado en forma directa del plano de las conjugaciones del sentido común, que es en cierto modo ajeno a esa esforzada y voluntaria predisposición del espíritu que nos permite arribar con nuestro intelecto al plano superior de las contingencias superlativizadas del dominio metafísico. Es además el método propuesto, el más indicado para ligar al neófito con la problemática planteada por la ciencia pura en sus confines especulativos más arriesgados y con las elucubraciones de contextura filosófico-humanista ligadas en sus fundamentos a aquélla. Es el mejor método para evitar el divorcio entre el hombre de ciencia y el filósofo.

Es la mejor didáctica para evitar *especialistas* sin cultura y *humanistas* sin instrucción.

Dedúcese en consecuencia de lo expuesto, la imprescindibleidad de una enseñanza de la filosofía que comience con el planteamiento y dilucidación de los problemas científico-filosóficos que se avienen a una lógica codificación dentro de lo que se tiene por filosofía de la naturaleza. Desde este punto de partida debe formularse toda elemental problematicidad que pertenezca al ámbito del universo de lo material-sensible. Claro está, que esta filosofía de la naturaleza, compendiosa de por sí en su temario integral, ha de abstraer todo lo que al universo físico se refiere aunque colocando siempre al hombre en el centro de todas sus postulaciones. Así lo sostenemos, desde que, se trate o no se trate del hombre en sí en forma directa, todo ha de resolverse dentro del ámbito de sus posibilidades intelectivas, de resultados de lo cual, el universo, como ente total, no podrá nunca dejar de ser el reflejo de las posibilidades captativas e interpretativas de su mente.

Lo que terminamos de decir significa terminantemente que los estudios de filosofía natural son, permanentemente, desde cualquier punto de vista que se los contemple, de alcances estrictamente antropológicos. Es el hombre colocado frente al Universo que integra y que trata de interpretar en sus distintas especies de realidades, y es el Universo lo que conforma el marco en extralímites de las posibilidades mentales del hombre.

La filosofía de la naturaleza, pues, valorada con un sentido ineludiblemente antropológico, ha de ser la filosofía de iniciación que permitirá al hombre en su ascensión cultural sentirse cómodamente ubicado como ente viviente que es en el centro del cosmos para desde allí interpretarlo y comprenderlo. Así podrá valorarse; así podrá estimarse a sí mismo en sentido primario y podrá luego postular toda la metafísica que le concierne a su naturaleza de fondo estrictamente espiritual.

En cuanto a lo que a especificidad de la filosofía de la naturaleza se refiere, en relación a otros aspectos de la filosofía, es conveniente dejar sentado que por su contextura precisamente, tiene un campo de realizaciones que no es posible confundir. “Hay jóvenes profesores de escolástica —dice Maritain— que piensan que la filosofía de la naturaleza no existe como disciplina esencialmente distinta de la meta-

física y quisieran absorberla en la metafísica. Pecan en esto contra Santo Tomás y contra Aristóteles; son sin saberlo wolfianos". (*Filosofía de la Naturaleza*, Maritain).

Estimamos por otra parte, para rebatir así una idea muy generalizada, que de ninguna manera podrían reemplazarse los estudios referidos con los alcances de la enseñanza de lo que se tiene por historia de la ciencia. La historia de la ciencia es de un contenido y significado absolutamente distintos del que se pretende con la enseñanza de la filosofía de la naturaleza, pues, mientras con aquélla, que lógicamente no precisa de ningún alcance propedéutico, se llegaría o podría llegar en derivaciones programáticas a una verdadera gnoseología o a una temática que resultaría siempre mejor contemplada desde el punto de vista de una específica epistemología, con la filosofía de la naturaleza no nos apartaríamos de la raíz ontológica de lo esencialmente antropológico. La historia de la ciencia, como enseñanza que amplía la cultura, tiene su razón ineludible de ser, pero la filosofía de la naturaleza, que de hecho no es historia, que no es ciencia cronológica sino filosofía precisamente, es lo presuntivamente mejor indicado para sentar las bases físicas y biológicas de la interpretación empirio-ontológica en la consecución indagativa de una filosofía cosmológica. Ella es la que mejor ha de conducirnos desde los primeros pasos al terreno de la posterior especulación metafísica. Así lo sostenemos, repetimos, porque la historia de la ciencia no puede de ninguna manera dejar de ser un conocimiento esencialmente cronológico; la filosofía de la naturaleza en cambio, que tiene de por sí su historia aunque no en base a hechos sino en relación a la simple historicidad del pensamiento humano, es, por antonomasia, la ciencia que interpreta las leyes que el hombre asigna a la realidad del cosmos y de la vida.

Finalmente, nos remitimos a una última razón de entre las muchas que podrían estractarse, pero a la cual únicamente nos circunscribimos dado el propósito de atenernos nada más que al contenido pedagógico de la cuestión. Esta razón es aquella que se deriva de las posibilidades intelectivas de quienes por natural vocación se proponen realizar estudios superiores de filosofía en los establecimientos o casas de estudio del Estado. Generalmente se trata de jóvenes estudiantes provistos de la capacitación que otorga la enseñanza secundaria, pero que, a pesar de la vocación que los orienta, no poseen aún disposición

de espíritu suficientemente ejercitada como para emprender el aprendizaje e interpretación de una elevada especulación abstractiva. Son jóvenes que difícilmente pueden desprenderse de la ligazón natural que une sus pensamientos a lo nada más que fenoménico: Necesitan ejercitarse; precisan deponer lo sensorial y biológico para superlativizarse intelectivamente. Deben realizar un extraordinario esfuerzo para abandonar el dominio de los sentidos y penetrar en los dominios donde impera la razón. Disponen en cambio de versación y capacitación suficiente como para poder realizar ese primer paso que consiste en unir lo empírico a lo ontológico y actuar así cómodamente, digamos, con biológica comodidad, dentro del margen restringido de las especulaciones que conforman la interpretación del universo de lo real sensible. Y este detalle, que la práctica y la experiencia docencial ponen fácilmente en evidencia, es posiblemente, el de mayor prevalencia, el de mayor consistencia convincente para sentar el principio propedéutico de la necesidad de comenzar la enseñanza de la filosofía integral con pasos iniciales en los dominios de lo que se tiene por *Philosophia naturalis*. En esta forma se enseñará a quien aprende a ubicarse primeramente como *ente viviente* en el mundo y a valorarse luego como *persona humana* dentro del cosmos. Así también comenzaron los griegos; la ciencia de los φυσικοί primero, y la metafísica después. ♣

Además, es menester también tener presente, que los estudios que se imparten en las facultades de filosofía tienen por su consistencia especulativa supremacía intelectual en relación al conocimiento cerradamente empírico que corresponde a las profesiones llamadas liberales o de especialización. Ello hace que no pocas veces cultores destacados y entusiastas de la ciencia, generalmente gentes de edad madura, anhelando encontrar en la comprensión de la problemática filosófica el refugio de sus insatisfechas ansiedades intelectuales y espirituales, se vean obligadas a concurrir a las aulas de la facultad de filosofía. No es posible entonces relegar o descuidar el aspecto práctico y exitoso de la enseñanza —o de la programación de la enseñanza si se quiere—, que por su consistencia liga la técnica y lo empírico con la filosofía en algunos de sus muy diversos aspectos. No es posible olvidar los requerimientos de consistencia social en la programación de estudios culturales que a todo trance deben ligar las crudas realidades del mundo de lo somático y sensorial con la contextura inteligible de las

verdades de razón. A las escuelas de filosofía deben seguir llegando para formar su bagaje intelectual de humanistas quienes ejercitaron el intelecto en el aprendizaje de profesiones u oficios liberales. Estamos por decir, que como tenemos entendido ya se ha planeado en otros países de acervada cultura, los doctorados que se otorgan en las universidades correspondientes a especializaciones técnicas o científicas, algún día habránse de otorgar con la previa aprobación de cursos de filosofía que lógicamente se dictarán en las facultades de filosofía. Las facultades de filosofía, pues, en la programación de la enseñanza que imparten han de tener en cuenta esta circunstancia y por consiguiente la ligazón obligada que transporta al hombre desde el terreno de lo empírico a las alturas de la meditación metafísica. Y esa ligazón, ese eslabón que une metodológicamente a los problemas empíricos y filosóficos, ese puente de contacto, está, incuestionablemente representado, por el conocimiento que se circunscribe a lo que se tiene por filosofía de la naturaleza.

Estas son las razones que estimo abonan la necesidad de metodizar la enseñanza oficial de la filosofía en base a las exigencias de un punto de partida de consistencia antropológica.